

En la unidad del Espíritu Santo

Concluimos nuestras oraciones formales frecuentemente al pedir que sean oídas “por nuestro Señor Jesucristo... en la unidad del Espíritu Santo.” Las iniciales colectas de la Misa terminan de esta manera, tanto como la mejor oración que juntos ofrecemos: la Plegaria Eucarística.

Esta unidad que el Espíritu Santo lleva a nuestro rezo por conectarnos con la oración perfecta de Cristo al Padre se arraiga en la vida íntima de la Trinidad, pero no es lo que no puede quedar dentro de la Trinidad. Como todo relacionado con el Dios trino, la unidad del Espíritu Santo extiende más allá de la Deidad, uniendo a Dios y a la humanidad, los cielos y la tierra, la liturgia y el resto de la vida en maneras maravillosas.

Es por el Espíritu Santo que declaramos en el Credo Niceno y en el Credo, que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad se encarnó en Jesucristo y que por ese mismo Espíritu que nos incorporamos a Cristo por los sacramentos de la iniciación. Por el Espíritu nuestros dones de pan y vino (y nosotros mismos) son consagrados en la Plegaria Eucarística y transformados en el Cuerpo y la Sangre de ese mismo Jesucristo.

Como la unidad de la Trinidad extiende a los creyentes por el poder del Espíritu Santo, también trabaja el Espíritu por nosotros para propagar esa unidad entre la familia humana. Rezamos en la Segunda Plegaria Eucarística para la Reconciliación que Dios “concédenos tu Espíritu, para que desaparezca todo obstáculo en el camino de la concordia.” Es este Espíritu, como nos dice el sacerdote en la Vigilia de Pentecostés, quien “llevará el trabajo [de Dios] en el mundo a la perfección.”¹

El Espíritu de nuestra música

Creemos que los rituales de la liturgia católica son las actividades comunicativas entre Dios y nosotros, llevándonos a la comunión con la Trinidad por nuestra unión con Cristo que ofrece a sí mismo. Es el Espíritu Santo enviado por el Padre y habitando en nosotros como el Cuerpo de Cristo que nos une y nos llama a compartir en estas actividades rituales — respuestas, renovaciones y



celebraciones de nuestra relación con Dios. Es el Espíritu Santo quien actúa en nuestras vidas a cada momento, despertándonos a la verdad del amor y la gracia indefectibles de Dios, llamándonos a exclamar con y como iglesia: “Sí, creo.”

Los que preparan y dirigen la música del culto deben ser, primariamente, discípulos (ver *Sing to the Lord*, 49). Deben buscar el sentido de las Escrituras que proclamamos y la liturgia en que participamos, profundizando su discipulado para trabajar y guiarnos en la música que llevará y expresará el significado de estos textos y acciones.

Los compositores para la liturgia no deben conocer solamente el arte del compositor y el lugar de la música en el culto ritual, sino también deben entregarse totalmente a Dios, practicando el *lectio divina*, aceptando que su trabajo es y debe ser una vocación, un ministerio del servicio que provee un medio de oración para los individuos y para la comunidad.

Todos los músicos pastorales deben abrirse al trabajo del Espíritu mientras exploran los himnos y los arreglos musicales de las Escrituras y de los textos rituales que los compositores han preparado, preguntándose cómo estos textos y arreglos ayudan y profundizan el culto de la comunidad, la vida espiritual y el otorgamiento de poderes guiados por el Espíritu en la misión de ser cristino y de participar en el trabajo de Dios de transformar nuestro mundo. La raíz de tal transparencia al Espíritu es la oración.

Escuchemos, pues, la llamada del Espíritu a abrirnos a la acción divina, a permitir que el Espíritu Santo trabaje en nosotros para que podamos responder: “Envía tu Espíritu, . . . sea renovada la faz de la tierra.”²

Notas

1. La referencia se refieren a la nueva edición del *Missale Romanum, editio typica tertia*.
2. Bob Hurd, “Envía Tu Espíritu,” © 1988, 2000, Bob Hurd. Obra publicada por OCP, Portland, Oregon.